

de quien, escalando el empinado picacho de su montaña, se dispusiera a medir sus alas y a catalogar su impulso ideal.

Un distinguidísimo crítico francés de nuestros días, Eduard Schuré, divide a los grandes poetas en dos únicas categorías, por sobre la intrincada urdimbre de escuelas, modos y capillas. En el primer plano coloca a aquellos que representan a las grandes épocas y las blasonan con su genio. Ellos son dueños, afirma, de una estética y una filosofía de precisos contornos, y en los mismos la humanidad realiza una forma del pensamiento y de la vida. Son los poetas de la *plena luz y el mediodía*.

Los siguen las poetas que denotan los períodos de transición, bardos errantes y dolorosos, precursores, anunciadores y divinos. Su *estética es vaga*, y su *filosofía flotante*. Son los poetas *de la aurora y del crepúsculo*. Y nuestro crítico ha sorprendido con deleitoso asombro que en sus almas crepusculares o aurorales preludian las formas del pensamiento de la Vida. Así, Lamartine, Victor Hugo, Alfredo de Vigny, encuadran en la primera clasificación, porque canta el primero al amor puro que encuentra *in Dios en el sentimiento soberano y absoluto*. Hugo, porque afirma sin pausa su energía indomable, los principios y las verdades eternas; el último por su lucha titánica frente a la duda, en la palestra de su "tour divoire". Estos, dice Schuré, no pueden ser comprendidos sino después de muertos. Fué así que su estrella se levantó radiante sobre el crepúsculo

del siglo XIX para resplandecer victoriosamente en todo el siglo XX. Baudelaire y Verlaine, son los poetas de los crepúsculos y las auroras. Artista y pensador el primero; melodioso, sensitivo y doliente el segundo, son los que anuncian las cosechas ideales del porvenir.

A María Eugenia Vaz Ferreira, hija de su tiempo, cantando en medio al torbellino ideológico y emocional de su hora, no podríamos contenerla con justeza en ninguna de ambas clasificaciones. Fué poeta de la luz y el mediodía, y también del crepúsculo y la aurora. Fué alondra y fué águila; cisne y sirena; ruiseñor y serpiente; ninfa y valquiria. Cantó en el harpa de cristal y oro, el ária femenina, y sostuvo sobre su corazón "de hombre" la lira de hierro.

Una vez es la voz de ruego, de terciopelo y de fuente:

*" ¡Ay de las melodiosas serenatas, aquellas cuya página
[nas no abrieron—junto*

*" a las harpas mudas y ennobecidas—bajo las empol-
[vadas terciopelos!*

*" ¡Ay del rotario cuyas cuentas mudas no sintieron
[glíar místicas deudas!*

*" ¡Ay de aquellas palabras que tus labios no engarzarán
[jamás en mis silencios!*

Y luego la cláusula de bronce fundido en el